

XXVIII DOMINGO ORDINARIO

Ciclo C

EVANGELIO

¿No ha habido nadie, fuera de este extranjero, que volviera para dar gloria a Dios?

Lectura del santo Evangelio según san Lucas. 17, 11-19

En aquel tiempo, cuando Jesús iba en camino a Jerusalén, pasó entre Samaria y Galilea. Estaba cerca de un pueblo, cuando le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales se detuvieron a lo lejos y a gritos le decían: "Jesús, maestro, ten compasión de nosotros".

Al verlos, Jesús les dijo: "Vayan a presentarse a los sacerdotes". Mientras iban en camino, quedaron limpios de la lepra.

Uno de ellos, al ver que estaba curado, regresó, alabando a Dios en voz alta, se postró a los pies de Jesús y le dio las gracias. Ese era un samaritano. Entonces dijo Jesús: "¿No eran diez los que quedaron limpios? ¿Dónde están los otros nueve? ¿No ha habido nadie, fuera de este extranjero, que volviera para dar gloria a Dios?". Después le dijo al samaritano: "Levántate y vete. Tu fe te ha salvado".

Palabra del Señor.

REFLEXIÓN

EL TEXTO

La primera lectura nos habla de un "extranjero", Naamán, que recibe la bendición del Señor al ser sanado por el profeta del Pueblo de Israel, Eliseo. A nosotros tal vez no nos parezca extraño, o cuando más, nos parezca un gesto de buena voluntad del profeta Eliseo; sin embargo, si nos damos cuenta que los extranjeros eran vistos como "no elegidos", como infieles a Dios, como "no dignos de Dios", entonces comprendemos la gratuidad que significó esta sanación. Dios no daba sus dones sólo a quienes le rendían culto, sino a quien Él quería, con generosidad, dando testimonio que su amor es "por el ser humano que sufre" y no sólo por quienes le reconocen. Esta actitud de generosidad divina causa una conversión; ante el amor gratuito de Dios, el general, se convierte y promete no amar a otro Dios que aquel que lo amó primero.

El Evangelio comparte una escena similar. Jesús camina a Jerusalén, consciente de que su mensaje es para su pueblo Judío, sin embargo, en este caminar derrama su gracia sobre quienes creen en él, sean o no judíos, manifestando así la universalidad del amor de Dios. El segundo mensaje del Evangelio lo podríamos aprender del samaritano, es decir, de aquel que "supuestamente" no vivía la fe judía, de aquel que los judíos llamaban "perro", del extranjero. Él es el único que regresa a dar las gracias, es el único que reconoce la acción de Dios en el obrar de Jesús. Por lo mismo, será el único que reciba la salvación. Todos fueron curados, pero solamente el samaritano recibió la salvación por su fe en Jesús.

ACTUALIDAD

¡Cuánta violencia generamos entre nosotros al no aceptar esta universalidad del amor de Dios, al ponerle sellos, límites, barreras, condiciones! Dios ha derramado y sigue derramando su gracia y bendición sobre toda su creación, sobre todos sus hijos ¿Por qué limitarlo nosotros con nuestras construcciones ideológicas? Dios nos ama, pero somos nosotros los que no hemos sabido siempre recibir ese amor, Dios se manifiesta en Jesucristo universal, amante del universo entero y nosotros lo hacemos particularista y racista.

¿Quién no se puede identificar, en algún momento de nuestra vida, con esos diez leprosos que se sentían rechazados, alejados, despreciados, por Dios y la sociedad? ¿Cuánto hemos hecho nosotros por sacar a otros "leprosos" de su estado de rechazo? Seamos nosotros esa mano que sana, esa palabra que alienta y anima, esa presencia que acompaña y reconforta. Acerquémonos a darle gracias a Dios, porque estábamos muertos y hemos vuelto a la vida, porque estábamos alejados y nos ha recibido en su amor y su misericordia. Que esta gratitud no se quede en palabras y oraciones sino que se traduzca en obras. Obras que den testimonio de la salvación que por Él hemos recibido, obras que consuelen al desprotegido y traigan justicia al oprimido. No tenemos que voltear muy lejos de nuestro camino para encontrar "un leproso" que necesite de nuestra mano, de nuestro trato justo, de nuestro respeto o nuestro amor.

PROPÓSITO

Vivamos esta semana la gratitud a Dios por el amor que ha derramado sobre nosotros reflejándolo en nuestras obras. Volteando a ver a aquellos que necesitan del amor que Dios te ha dado, del perdón que has recibido o de tu presencia que trata de ser presencia de Dios.

No dejemos de pedir por la paz y la justicia.

Héctor M. Pérez V., Pbro